

Pedro y el Camino del Vino

A Pedro se le ocurrió la idea en una terraza, tras el tercer vaso, cuando su amigo Nico le dijo que el Camino de Santiago “es una experiencia interior”. Pedro miró la copa vacía y, con ese descaro que a veces parece filosofía barata, respondió:

—¿Y si mi interior es de tempranillo?

Una semana después se plantó en Saint-Jean-Pied-de-Port con una mochila absurda. Ni saco de dormir, ni bastón, ni mapas. Solo botellas de vino envueltas en camisetas viejas y una ristra de vasos de plástico. El plan: invitar a peregrinos a brindar y confiar en que alguien le daría pan, queso o conversación.

Los demás lo miraban raro. Él, convencido, sentía que había encontrado una forma más auténtica de caminar: ligero de certezas, pesado de botellas.

En Roncesvalles improvisó su primera cata. Dos francesas aceptaron un sorbo, un alemán lo juzgó con frialdad, y un navarro generoso le compartió pan y queso. Pedro bautizó sus vasos como “la flota”, cada uno con un nombre escrito a rotulador.

En Navarra su fama empezó a correr. En los descansos, algunos peregrinos lo buscaban para reír, otros lo esquivaban como si llevara un virus. Un grupo de coreanas lo fotografió sin parar: con vaso, sin vaso, posando como santo peregrino. Él, feliz, firmaba los vasos como si fueran autógrafos.

—Esto es muy español —dijo una de ellas en inglés.

Pedro pensó que quizá estaba inaugurando una tradición: la sommeliería del Camino.

En Logroño, tierra de vinos, la cosa se le fue de las manos. Entró en la calle Laurel como si llevara un incensario, balanceando su mochila. Un bodeguero lo paró:

—Muchacho, eso pesa y huele. Te lo cambio por una botella decente y un pincho.

—No puedo aceptar sobornos —replicó Pedro—. Soy una institución.

El bodeguero rió y lo llamó “caricatura entrañable”. Esa noche brindó con italianas que cantaban “Volare” y con una profesora de Zamora que apuntaba en una libreta todas las veces que le decían “¡Buen Camino!”.

La meseta lo recibió con horizontes interminables. Bajo el sol, Pedro abrió su “bar portátil”: mochila por barra, vasos alineados, una servilleta con precios inventados: “Vino gratis. Sonrisas según mercado”.

—El vino que no se comparte se convierte en vinagre —sentenció más de una vez, ganándose pan, aceite y compañía.

Fue en Sahagún donde la historia cambió. Pedro encontró a una chica llorando junto a un mojón.

—¿Te pongo media de ánimo? —se atrevió a decir.

Ella levantó los ojos claros. Era Lucía, gallega, con carácter de hierro. Dudó, pero aceptó el vaso.

—Vengo de familia que sabe beber —le advirtió.

Sonrieron. Desde entonces caminaron juntos. En León compartieron pan; en la Cruz de Ferro dejaron atrás silencios y cargas. Pedro, que hasta

entonces buscaba risas rápidas, empezó a escuchar más. Lucía, que había llegado cansada de su vida, fue confiando poco a poco.

El payaso del vino se iba convirtiendo en compañero de camino.

En Galicia la complicidad se hizo natural. En Melide firmaron un pacto: llegar juntos a Santiago, siempre con pan para acompañar el vino.

Cruzaron Arzúa y O Pedrouzo entre lluvia fina, bromas y cansancio compartido. Pedro guardaba una última botella, reservada para el Obradoiro. Cada vez que Lucía preguntaba, él respondía: “Es para Santiago”. Ella decía que la paciencia también alimenta.

Compartieron cenas improvisadas, risas con desconocidos y momentos de silencio donde no hizo falta hablar. Pedro ya no buscaba fotos ni anécdotas: buscaba quedarse en ese paso a paso con Lucía.

Por fin, la Plaza del Obradoiro se abrió como un abrazo. Se sentaron en el suelo, exhaustos. Pedro sacó la última botella y dos vasos nuevos.

—Por lo que trajimos, lo que dejamos y lo que encontramos —brindó Lucía.

—Y por el pan —añadió Pedro, mostrando una barra intacta.

Después, con una seriedad que sorprendió incluso a él, confesó:

—Empecé este Camino para conocer chicas por diez minutos y un vaso de plástico. Ahora... quiero quedarme contigo. ¿Novios?

Lucía le apretó el brazo y sonrió:

—Si me sigues invitando al vino... y no olvidas el pan, igual sí.

Brindaron. Y el Camino, viejo bromista, les regaló un guiño: en la esquina, un bar anunciaba “Hoy: vino joven y pan caliente”. Entraron juntos. Afuera, la flecha amarilla parecía señalar hacia ellos, como si también brindara.